

Otro fin del mundo es posible, decían los compañeros

Sobre transiciones ecosociales, colapsos
y la imposibilidad de lo necesario

JORGE RIECHMANN

Barcelona: MRA Ediciones, 2019
216 pp.

JORGE RIECHMANN

Otro fin del mundo es posible, decían los compañeros

Sobre transiciones ecosociales, colapsos y la
imposibilidad de lo necesario



Por deseo de Fortuna, ésa a la que los griegos llamaban *Týche*, redacto estas líneas sobre el último libro del filósofo madrileño Jorge Riechmann, *Otro fin del mundo es posible, decían los compañeros*, al tiempo que los españoles —como buena parte del resto de los habitantes del planeta— asistimos desde la familiaridad de nuestros hogares al doloroso pero intelectualmente estimulante simulacro de “fin del mundo” que nos proporciona la pandemia de coronavirus. Azar, fortuna, capricho del destino... ¿Estamos seguros de ello? Si el conocimiento fundado en la experiencia acumulada por la ecología durante, al menos, los últimos 50 años (desde el primer informe al Club de Roma, del año 72, sobre *Los límites del crecimiento*) no está equivocado —y más parece que esta crisis sanitaria, antes que refutarlo, viene a apuntalarlo— ver contingencia donde debería reconocerse concatenación sería sintomático de la misma ceguera que nos conduce peligrosa

e implacablemente hacia nuestra propia destrucción. Pues a nadie con verdadera disposición cívica se le escapa que los efectos nocivos que nuestro modo generalizado de vida provoca sobre la coyuntura simbiótica de la biosfera, por un lado, y la actual crisis sanitaria a la que asistimos atónitos, por otro, se encuentran ambos vinculados por la dimensión global y enajenante del neoliberalismo económico. Estas líneas, en todo caso, no pretenden ser una valoración de la amenaza que para la humanidad supone la pandemia de COVID-19, sino del más reciente libro de Jorge Riechmann, obra en la que éste se ocupa del inminente colapso de la civilización industrial al que nos vemos arrastrados por causa de ese mismo mal que también está detrás del coronavirus y del que, sin embargo, como si de un anatema se tratara, no hablan los medios de comunicación de masas. Por fortuna —o por voluntad—, no sucede así en nuestras aulas.

Comienza Riechmann haciéndonos tomar conciencia respecto de dónde nos encontramos: el tiempo para las transiciones ecosociales ha caducado. Procurar atajar la terrible amenaza que supone el calentamiento global para la vida sobre la Tierra por medio de baterías eléctricas, energías renovables y ‘crecimiento verde’, tal y como defiende la propuesta económica conocida como *Green New Deal*, llega ya tarde. Pretender corregir nuestros excesos depositando nuestra confianza en la misma senda de crecimiento económico que nos ha traído hasta aquí debería, cuanto menos, hacernos sospechar. Con el limitado margen temporal de que disponemos, ¿podemos considerar esta propuesta como viable? El estudio de lo sucedido desde 2014 en la isla canaria de Gorona del Hierro —prosigue Riechmann— funciona en el libro como paradigma actual de la insuficiencia de las energías renovables para abastecer por sí solas la enorme demanda de energía de nuestras sociedades. Tampoco Dinamarca, Suecia ni Alemania, países que ‘lideran’ la transición energética, han reducido por unas u otras causas sus emisiones de gases de efecto invernadero (GEI). ¿Cuáles son, pues, las expectativas reales del ‘crecimiento verde’? Los obstáculos con los que éste colisiona son fundamentalmente dos: primero, la necesidad de dar continuidad a un extractivismo para el que, a pesar de todo, no estarían a su alcance suficientes metales ni recursos minerales como para satisfacer la demanda necesaria para completar la transición energética; y, segundo, el vertiginoso incremento de la degradación de los espacios naturales y la inaceptable contaminación que conllevaría tal intensidad extractivista. A la luz de estos hechos y de la información debidamente reunida por Jorge Riechmann, el *Green New Deal* del autoproclamado ‘crecimiento verde’ se revela ante nosotros como la voluntad del sistema hegemónico —el mismo sistema voraz que ahora nos conduce hacia el colapso de la civilización industrial— de seguir sacando tajada a expensas de alimentar el consumismo de quienes son conducidos acríticamente a creer que con baterías de litio,

coches eléctricos, aerogeneradores y más crecimiento económico, pero no con contención y sustentabilidad, todo se va a solucionar. Es más, aunque dispusiéramos de suficientes recursos en cobre, cobalto, carbonato de litio, neodimio, disprosio, etc. y por alguna razón el descalabro extractivista no colapsara definitivamente el frágil equilibrio de los ecosistemas, el grueso de las emisiones de GEI que conllevaría esta transición durante el período de tiempo que duraría su implementación —varios decenios— nos aproximaría peligrosamente a la posibilidad de convertir nuestro hogar en una ‘Tierra cocedero’ inhabitable.

Recordemos —como hace Jorge Riechmann— que el informe especial de 2018 del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPPC) encargado por las Naciones Unidas para orientar sus líneas de actuación establece una reducción del 50% de las emisiones de CO₂ para 2030 y de su totalidad para 2050 con objeto de evitar un incremento de la temperatura de 1’5°C respecto de los niveles preindustriales. Entre los distintos efectos del calentamiento global que ya se dejan sentir entre nosotros destaca el deshielo de las nieves perpetuas, como las del Ártico —para las que se prevé su desaparición estival a partir de 2022—, pero también las de Groenlandia y la Antártida, así como del gelisuelo o *permafrost* de las regiones donde la tundra domina el paisaje natural. Bajo estas vastas extensiones de hielo se encuentran retenidas enormes concentraciones de gases de efecto invernadero, como el metano —cuyos efectos nocivos son muy superiores a los del CO₂— que, de ser liberadas —como ya habría comenzado a suceder—, ocasionarían un ‘super eructo’ que aceleraría vertiginosamente el calentamiento global. Con más de 400 partes de CO₂ por millón en nuestra atmósfera y con un panorama tan desalentador como el que acabo de esbozar, el margen de tiempo de que disponemos para evitar los peores escenarios del calentamiento global es, como se ve, incompatible con la apuesta por el crecimiento insosteniblemente acelerado del *Green New Deal*. Ante una situación de emergencia climática como ésta, la humanidad no puede dejarse entretener por el espejismo de un ‘crecimiento verde’ que, lejos de resolver los problemas del Siglo de la Gran Prueba, los agrava, puesto que, cuanto más tiempo transcurre, tanto más se nos hurta la posibilidad de llegar en algún momento a resolverlos. Como Odiseo en la isla de Calipo —llorando amargamente cada mañana por el ansiado regreso, pero entregándose por las noches al goce de yacer con la misma diosa que se lo impide—, sólo renunciando a nuestro mal enfocado hedonismo llegaremos a tiempo de empuñar el arco que únicamente nosotros podemos tensar. Este regreso a tiempo de Odiseo a Ítaca nos sirve como analogía para ilustrar el menos malo de nuestros futuribles, pero también nos recuerda que la *Odisea*, frente a la *Iliada*, supone el final de la época heroica, esto es, que no existe ya la manera de evitarnos el colapso de la civilización industrial.

El colapso de la civilización industrial —afirma Riechmann— es, pues, ineludible. No hay transición ecosocial que pueda ya impedirlo. Pero esto no significa que no se precisen en modo alguno transiciones ecosociales. Es más, del éxito de estas últimas dependerá que el colapso que nos aguarda se produzca de forma contralada o, por lo contrario, en términos hobbesianos, lo que supondría la proliferación de escenarios en los que la humanidad terminaría actuando para consigo misma egoísta y violentamente. Por ello, si los rasgos fundamentales que perfilan la definición de ‘colapso’ son la ralentización económica, la fragmentación social, la pérdida de complejidad en todos los sentidos y la reducción demográfica, colapsar de manera controlada sólo podrá significar evitarnos el genocidio y el fascismo que lo alimentaría. Este ‘buen’ colapsar requeriría la renuncia al exceso de centralidad que en nuestros días acaparan el desarrollo tecnológico y el crecimiento económico. Con semejante descentralización se estaría apartando del *omphalós* de nuestra civilización tanto la ‘tecnolatría’ como el imperio del crecimiento medido exclusivamente en términos de PIB y se estaría situando en su lugar toda una suerte de valores humanos volcados en el amor a nuestros hijos e hijas, nietas y nietos; en la libertad fuera del horizonte del consumismo; en el sentimiento de pertenencia a una comunidad que trasciende la suma de los individualismos; en el trabajo con sentido —no alienante—; en la riqueza medida en tiempo y en vínculos sociales; en la ‘copertenencia’ —*suzamen gehören*— con nuestro entorno natural, animal, cósmico...; valores humanos, todos ellos, que habrían de devolvernos la dignidad y la ‘vida buena’ extraviadas mientras recorríamos la senda del crecimiento mal entendido. Sin embargo —insiste repetidamente Jorge Riechmann—, el mal de nuestro tiempo hace que lo ecológica y socialmente necesario sea cultural y políticamente imposible, por lo que una transvaloración como la que acabamos de describir requeriría de la construcción de un potente movimiento social a favor del ecosocialismo. Impulsada por una minoría social capaz de poner en marcha cambios fundamentales y renegando de estrategias populistas que le resultarían incompatibles con sus aspiraciones, esta ‘Operación Noé’ —nombre con el que podría ser conocida tal iniciativa— habría de transformar la mentalidad hegemónica reorientando su inducida disposición por el crecimiento material hacia un orden de crecimiento más acorde con los límites biofísicos de nuestro planeta y con los fundamentos éticos del ser humano.

RAÚL GARROBO ROBLES